

Libertad, capricho o simplemente dócil sumisión

Nada más agradable que romer los hábitos absurdos o innecesarios y prácticas arbitrarias, o hacer sencillamente lo que le viene a uno en gana. Esta clase de rebeldía contra la conducta que los demás le imponen es muy loable y digna por lo tanto de estimularse. Pero llega un momento en que la libertad no es ni siquiera capricho o excentricidad, sino subordinación abyecta a la moda o a la noveletería, que son dictadas por el ambiente.

Dicen que en el París de hace sesenta o más años se gozaba de la más amplia libertad de indumentaria, por ejemplo, con la ventaja de que no había siquiera una mirada de reproche o de impertinente curiosidad. Era la época en que Máximo Gorky frecuentaba los cafés a que concurría la *intelligentsia*, vestido con la típica blusa rusa, el lazo e hirsuto cabello largo echado hacia atrás y un bigote de cepillo, y cuando Ignacio Zuloaga, que transitaba por la Rue de la Paix con el mismo traje —capa española y bofina— en invierno y verano. Nadie se atrevía siquiera a preguntar quiénes eran esos extraños personajes. A Lutecia nada de lo extraño le era extraño.

En cambio una vez un artista peninsular quiso recorrer Broadway con capa española y chambergo, y fue seguido por un numeroso séquito, no sólo de gente menuda sino también de adultos como si fuera una rara avis. En vano los motejaba de salvajes: la muchedumbre continuaba su pacífica agresión. El que se atrevía a independizarse del rigor esclavizante de la moda era castigado por el desprecio. Hubo un tiempo en Nueva York en que si al llegar el 15 de mayo alguien no se encasquetaba un sombrero de paja italiano o de Bankok y no abandonaba el de fieltro se exponía a que le arrebataran a la fuer-



Cristián Rodríguez

za su capelo y lo dejaron con la cabeza descubierta en una época en que todo el mundo —melenudos o calvos— andaba con la tesis protegida.

Las cosas han cambiado en la Isla de Hierro y en el resto del país desde entonces. Una serie de personajes extravagantes hizo su aparición después de la segunda guerra, empezando por los *soosooters*, que llevaban los pernilos del pantalón ajustados a las piernas y una casaca más larga que la chaqueta corriente, con largas hileras de botones en las mangas. El público recibió con hostilidad esa moda estrafalaria de los jóvenes, y una vez unos mozalbetes mejicanos de Los Angeles que adoptaron esa moda fueron vapuleados públicamente. El embajador de su país presentó formal protesta ante las autoridades del país. Pocos días después llegaron a Méjico los primeros ejemplares de *soosooters*, que fueron inmediatamente identificados como pertenecientes al mismo género de los *pachucos*: el gobierno mejicano retiró al punto su protesta.

Luego aparecieron los *beatniks* que no tenían ninguna indumentaria característica pero que eran resueltamente extravagantes. Aunque algunos llevaban el rostro esmeradamente afeitado y lucían únicamente un mechón de barba de chivo en el mentón se caracterizaban sobre todo por su manera de hablar y su extraño vocabulario.

Empezaban por ejemplo todas las frases con la palabra *man* (hombre) tomado del lenguaje de la gente de color. Por lo demás los *beatniks* eran simplemente rebeldes contra la opresión de la sociedad en que vivían.

Finalmente hizo su advenimiento, esta vez con caracteres universales un género de jóvenes a quienes se les dio el

nombre de *hippies*, más difíciles de definir y que en su caprichosa conducta cortaban a veces las sanciones de la ley, especialmente por cierta tendencia al nudismo y ciertas prácticas abreviadas de las ceremonias matrimoniales. Decían algunos que no eran afectos al baño y alguien creyó ver en su cabellera algo que tenía el aspecto de liendres las exageraciones de los *hippies* les concitaron la animadversión general, aunque el gremio se extendió hasta a la puritana Rusia comunista. Indudablemente ha habido una regresión hacia prácticas y costumbres más moderadas. Pero el movimiento ha dejado como saldo, según la expresión socorrida de los periodistas de los barbudos y melenudos. Las barbas y las patillas en sí mismas son un recrudescimiento de costumbres que prevalecieron en épocas pasadas. Luego la costumbre de afeitarse el rostro ha llegado hasta Francia y Rusia, país este último donde los *figaros* vivían en la indigencia por falta de clientela.

Los jóvenes creen a pie juntillas que dejándose el pelo largo más abajo de la nuca están haciendo pleno uso de la más irrestricta libertad. Es una forma de racionalizar su extravagancia, que hace recordar el experimento que hizo en Costa Rica el hipnotista catalán que usaba el nombre de guerra de Onofroff. En una función del Teatro Nacional ordenó a un sujeto bajo sugestión hipnótica que al día siguiente a las nueve de la mañana debía ir a la estación del Atlántico. Muchos de los espectadores de la función tomaron puestos estratégicos en los poyos del parque nacional para ver al hipnotizado pasar hacia la estación. Este explicó a algunos cóncidos que iba a esperar a cierto amigo que venía de Cartagón esa mañana. Por supuesto el libre albedrío del sujeto era tan solo una ilusión. En el fondo no hacía más que cumplir las órdenes del hipnotizador. Algo por el estilo ocurre con los jóvenes que creyendo hacer uso de su absoluta libertad, obedecen los dictados de la moda que esperamos sea pasajera y se corten de nuevo el pelo normalmente, evitando así toda sospecha de ambigüedad en el género gramatical.